

ALMADA NEGREIROS

El revolucionario del arte portugués contemporáneo

ALMADA Negreiros, según el criterio de muchos, es más literato que pintor. Le ocurre lo que en España a Salvador Dalí, si seguimos esos pareceres. De cualquier forma, en la Historia del Arte portugués contemporáneo, prescindir de Almada Negreiros, que hizo sus primeras armas en Madrid, con los ultraístas, y a quien la capital de España le debe las decoraciones del cine San Carlos y casi un estilo, en parecido con Barradas, escénografo audaz, de figuras aguzadas y cubistas, que revolucionó la decoración de la época hispánica de la pre-república, es una figura absolutamente inconfundible e imprescindible.

A todo turista culto, a todo ser de humana envergadura, suelen enseñarle en su disgresión por Lisboa, en su primer conocimiento con esa novia del Tajo que es la suntuosa capital lusiada, tres obras inmortales de Almada. Al menos yo lo hago y no me duelen prendas en tiempo y gasolina —acaso la una sea la sangre blanca del otro—, pues cada día redescubro nuevas cosas en esas tres obras de Almada, obras en las que tardó, en las dos primeras sobre todo, años. La primera son los frescos de la Estación Marítima de Alcántara. En la pared izquierda cuenta el más bello romance portugués, que no tengo a mano en este instante, titulado «La Nau Catrineta». Las gentes del puerto, al ver llegar a los primeros albores de la mañana a la «Nau Catrineta», una pausada carabela, dicen:

*Ahí viene la "Nau Catrineta"
que traz muito que contar.*

La «Nau», la nave, en efecto, corrió las siete partidas del mundo y le acaecieron diversos azares que sería enfadoso relatar. Acaso el peor, el peor sin duda, es que perdida en medio de los mares, sin agua ni cualquier mantenimiento, se vio obligada a poner a reñajo las suelas de los zapatos para poder, incombible abadejar algo. Los marineros deciden abandonar la vida de uno de la tripulación. Canibalismo se le llama a eso, y Edgar Poe en «Arturo Goydón» Pim sabe de eso. Por su fortuna, le toca al capitán. Y el capitán apremia al grumete a que suba al palo más alto, a ver si ve tierra:

*Sube, sube, Maruzinho,
sube até o mastro real,
ve si ves terras de Hespanha,
arcias de Portugal.*

Cuando ya estaban a punto de comerse, un ángel descendió, como en las prosas de Eugenio d'Ors, y señala al capitán tierra. Y a sus tres hijas que en la playa, bajo un naranjal, una estaba puesta a tañer, otra estaba puesta a bordar. Y falta una. Resumen, que todo termina felizmente. Por la armonía de la composición, por la genial audacia de colores y formas, los frescos de Almada Negreiros en Alcántara son sin duda, entre sus obras monumentales, la más hermosa. El viajero que llega de allende los mares, pues, repetimos, se trata de una estación marítima, entra en Lisboa con el mejor sabor de boca. O si se marcha, se lleva el más alegre adiós.

Si la estación marítima de Alcántara es para los barcos extranjeros que tocan Lisboa, la de Rocha es para los nacionales que salen a cruzar el charco, o a llevar a los portugueses hasta los más lejanos puntos de su Imperio: a Angola o Mozambique, hasta la inédita maravilla de Goa, el encanto exótico y ancestral de Macao, puerta del Asia Oriental, o el aún más lejano Timor. En esa estación, rodeando el hall anchuroso, tiene Almada su segunda colección de frescos, que quizá por su mayor atamamiento al cubismo no sean tan gratos a la vista, pero que sin duda se hombrea con los otros. Embolos y máquinas juegan, las compensaciones especiales son admirables, el regodeo de la forma, concreto. Desde luego, valga la insistencia, es una de las obras más cubistas de este pluri-forme Almada, que igual publica un sensacional libro de poesías, descubre la composición de la obra base del arte portugués, el políptico de Nuno Gonçalves, pinta un fresco monumental o hace una obra de envergadura escultórica, su más cercana labor: el pórtico de la Facultad de Derecho, en la Ciudad Universitaria de Lisboa. Pero en este último punto, rehulimos el comentario.

La tercera obra a que nos referíamos, está en un café. No en la Brasileira, do Chiado, con iguales tradiciones que el Pombó madrileño, sino en «Os Irmãos Reunidos» y se trata de Fernando Pessoa. Por cuatro versos se puede medir un poeta. Y estos cuatro bien valen para medirlo:

*O poeta é um fingidor.
Finge tão completamente
que chega a fingir que é dor:
A dor que deveras sente...*

Si, eso es. El poeta es un fingidor y finge tan completamente, que llega a fingir que es dolor, el dolor que auténticamente siente. Fernando Pessoa, seguramente el mejor poeta portugués del siglo, y Almada Negreiros pertenecía a la generación poética de él y a su tertulia. Por eso le inmortalizó en un cuadro bellísimo.

Pero no olvidemos los otros dos Almadas. Esos carteles con que Lisboa saluda al viajero en sus estaciones marítimas, frente al Tajo, conturbadoramente hermoso, que cambia bajo el sol, del ámbar al azul, mientras va confiencian-do sus amores a las verdes colinas. Esos dos carteles, por los que Lisboa se abre a los ojos maravillados del viajero. Acaso éstas sean tan sólo unas líneas al vuelo, sobre la ingente labor de Almada. Pero acaso también aquí quede su esbozo, perfilado, como en el rasgo sutil de sus dibujos.

ADOLFO LIZON

(En exclusiva para La Estafeta Literaria.)



Luna en las páginas de SAMUEL ROS

POR MEDARDO FRAILE

*Di, Luna mía, ¿estás muerta
o estás loca?*

Pero la Luna no es sólo un enfoque para el conocimiento, una luz que penetra algo más, sino también una fatididad que nos hundirá en el sueño, que nos irá volviendo desterrados y ciegos para las cosas de la tierra. Así ocurre mientras *Los dos poetas* se enzarzan varios días en un duelo de imágenes sobre la Luna: «A cada jornada quedaban más lejanos los hogares abandonados, con sus blandas camas de reposo, con sus buenos libros de leer y releer, con sus cachitos de lumbre, y, lo que es peor, con todo lo que no tenían, pero que hubiesen podido tener; la dulce novia que peina el dolor de cabeza y el hijo que consuela hasta del fracaso poético... Pensamientos y nostalgias que los poetas dejaban atrás como otra sombra de sus cuerpos, como otra sombra al revés arrancada por la Luna; quizá la sombra de sus almas.»

La Luna estuvo antes presente —está— en la generación Lorca-Guillén. En Lorca especialmente. Su libro *Canciones*, que contiene 101 poemas, nombra, con títulos, como primitiva o con adjetivos, en singular o plural, en español o gallego, sesenta y siete veces el vocablo «Luna». En *Libro de poemas*, *Canciones* y *Romancero gitano*, la luna de Lorca es plana, familiar, decorativa, higiénica. Es el panderero de la noche española al alcance de todos. A lo sumo, es la señal para que hombres y mujeres se entreguen a lo ilegal, al instinto, al desvelable misterio; pero ella —la Luna— está empadronada hasta el detalle, es el reloj lunero cuyo mecanismo a nadie sorprende y su leve misterio lo recibe de la vida equívoca, sentimental, de amor o encono bajo sus rayos. Es una Luna a la que los humanos han comprometido. Incluso en el verso «ajo de agónica plata», de uno de los más dramáticos y conocidos poemas del *Romancero*, la cosa es clara; el diagnóstico, preciso: la Luna se acaba, la Luna agoniza como el pabillito pobre, de poco aceite; la Luna está en cuarto menguante. Y bajo sus rayos hay una estampa dramática, que se llevará el Sol, una pesadilla, la ilusión de un drama. (También a veces es de arroz o como una mariposa dormida, para que jueguen los niños.)

La Luna en Samuel Ros es espejuelo trágico, es todo y nada, enhebra a los hombres y los fascina; es una realidad desconocida que desrealiza para siempre, íntima, dramáticamente, las cosas de la tierra. Es luz romántica, catastrófica, paralizadora, llena de preguntas, de ensueño, de muertos y vocación.

SAMUEL Ros se había propuesto, como el personaje de uno de sus cuentos, «ver la segunda luz de las estrellas, la luz que proyectan a la otra parte, fuera de nuestro mundo». Prefería la noche, y en las tertulias y en el trabajo nocturno se exaltaba sin tregua como chicharra al revés, chicharra excitada por luz de luna. Tenía fe en esa luz que da irrealidad a personas y objetos y hace que produzcan una vaga sensación de eternidad. «Es preciso que los ojos se pongan largo rato en la Luna para que puedan ver después un poco de lo mucho que ella ve desde su alto puesto. De cerca y con la magia de la Luna todo es preciso e importante.» Pero no se trata en realidad de que sea o no preciso, sino de una fuerza irresistible que hace pensar repetidas veces a Samuel Ros si la fuerza de gravedad para él y para sus personajes tendrá sentido contrario, hacia arriba, hacia la Luna: «No puedo yo soportar este vértigo que me arrebatada la cabeza como si pesara hacia arriba... ¿Qué ley de gravedad nos rige a nosotros?», pregunta Eda Leal, actriz, a Pedro Calderón, autor, en la obra *En Europa sobre un hombre*. En *Historia de las dos lechugas enamoradas*, uno de los más importantes cuentos de nuestra literatura contemporánea, explica Samuel Ros: «Para las lechugas el centro de gravedad está en el cielo, porque al caer de la vida sienten el cuerpo arrastrado hacia arriba.» Y en otro de sus cuentos, *Los dos poetas*, en que la Luna tiene primordial importancia, se habla así del astro de la noche: «Era imposible taponar aquel boquete que desangraba la gloria... En cambio, parecía posible dejarse caer en aquel pozo sin brocal. Así lo expresó un poeta: —La Luna indica al hombre la posibilidad de volar. —Si —continuó el otro—, con sólo dejarse "caer" hacia ella.»

A Ros le interesaba, sobre todas las cosas, desvelar el misterio de la muerte. Y le atrae la luz que está velando la noche, que vela la muerte del día. Y piensa: «La Luna no es otra cosa que la calavera del Sol.» Y tanto le interesa esta frase, esta greguería de su libro *Bazar*, que se plagia a sí mismo y la repite muchos años más tarde en *Los dos poetas*. Luna y Muerte se unen en el pensamiento de Samuel Ros: «y la Luna se hacía cada noche sus tantas horas de más bella y más muerta». El sereno es «el que mejor ha comprendido» los versos de Juan Ramón, que Samuel cita:

*¿Te has muerto acaso? ¿Estás yerta?
Se enredó un nombre a tu boca.*